

Libros del Asteroide 

Caroline O'Donoghue
El factor Rachel

Traducción de Regina López Muñoz



El factor Rachel

Libros del Asteroide

A*

Caroline O'Donoghue

El factor Rachel

Traducción de Regina López Muñoz

Libros del Asteroide

Primera edición, 2024
Título original: *The Rachel Incident*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Caroline O'Donoghue, 2023
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2024
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Laura Agustí
Fotografía de la autora: © Jamie Drew

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló 11-13, 3.º I.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-10178-12-0
Depósito legal: B. 12281-2024
Impreso por Liberdúplex
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*A los hombres de mi vida.
A Ryan Farrell, por quererme entonces,
a Gavin Day, por quererme ahora,
y a mi padre, por quererme siempre.*

Libros del Acabado

Jamás estuvo en mis planes escribir sobre nada de esto.

Sé que es una frase que los periodistas repiten hasta la saciedad, pero en mi caso es la pura verdad. Casi todos atesoramos en nuestro bagaje una gran experiencia vital que esperamos convertir en libro algún día. Juro que jamás fue esa mi intención. Con veintiún años desmitifiqué el proceso de hacer libros, y desde entonces no he tenido ninguna pretensión de meterme en ese lío.

Solo hablo del doctor Byrne con James Devlin, por eso siempre di por hecho que, si alguna vez reaparecía en mi vida, lo haría por mediación de él.

Estaba equivocada. El doctor Byrne regresó a raíz de *The Toy Show*.

The Late Late Toy Show es un acontecimiento televisivo anual en Irlanda, un programa en el que niños y niñas dan su opinión sobre los mejores juguetes del año y aconsejan a sus semejantes qué pedir en sus cartas a Papá Noel. Es toda una institución si eres niño en Irlanda, y aún más si eres un adulto irlandés que vive en el extranjero. Cuesta explicarlo a los forasteros, lo que en el fondo representa parte de su encanto. O lo entiendes o no lo entiendes. O eres de los nuestros o no lo eres. Quizá porque hay tanta gente que se jacta de tener sangre irlandesa, cada vez ponemos más alto el listón de las bromas privadas, de modo que haya que pedirle a un miembro autorizado que te las explique.

A lo largo y ancho del planeta se celebran sesiones de visionado colectivo en las que grupos de adultos irlandeses jalean a niños y niñas de cinco años que prueban estuches de Polly Pocket en directo. Soy redactora en *The Hibernian Post*, un periódico para irlandeses afincados en el Reino Unido. Mi trabajo con-

siste en escribir sobre la vida y milagros de los expatriados, de modo que mi trabajo consiste en escribir sobre *The Toy Show*.

—¿Estás segura? —dice Angela—. No quiero mandarte al Soho con el frío que hace, tres semanas antes de Navidad.

—No pasa nada —respondo a la vez que me enrolló una larga bufanda hasta la barbilla, estrangulándome levemente durante el proceso.

—No quiero parecer ese tipo de compañera —insiste—. Pero, en tu estado...

—Estoy divinamente, te lo prometo.

Me froto la cúpula de la panza; acabo de inaugurar un periodo de calma relativa en el embarazo. Las náuseas endiabladas y la azarosa incertidumbre de los primeros meses me hicieron sentir como en las primeras etapas de una larga travesía a la caza de una ballena. Al fin y al cabo, tuve un aborto antes. Pero en el séptimo mes he conquistado una especie de lastimera locura oceánica. No soy capaz de imaginarme en tierra firme. Por lo que a mí respecta, voy a seguir preñada para siempre.

Llego al bar del Soho que durante una noche se convierte en refugio para nostálgicos. Hubo un tiempo en que participaba en muchas de estas veladas para exiliados, organizadas en torno a referéndums y peticiones de cambio. Estaba muy concienciada. Estaba muy comprometida. Y ganaba un buen dinerito. La prensa inglesa publicaba un montón de artículos sobre la lucha por el aborto en Irlanda, y yo era una de las personas a las que encargaban escribirlos. Entrevistaba a activistas, a miembros de la ONG Marie Stopes International, a personas que habían perdido una hija o una esposa por culpa de un parto complicado y hasta a un médico que se negó a actuar en beneficio de la madre. Fue un visto y no visto en el que ser periodista irlandesa en Inglaterra significaba algo. Iba a manifestaciones y a las fiestas posteriores. Mi lista de contactos estaba a rebosar de gente a la que, en plena borrachera, prometía una cobertura que quedaba totalmente fuera de mi ámbito de competencia.

Mi teléfono sigue aferrándose a esas personas cuatro años y un cambio de iPhone después. CLARA DEROGACIÓN, SIOBHAN DEROGACIÓN, ASHLING DEROGACIÓN, DONNACHA DEROGACIÓN. Desconocidas entre sí fugazmente vinculadas a un árbol genealógico de gente que perseguía el mismo objetivo y que, ahora, una vez conseguido, carecen de otro elemento que las una.

Nos alegramos del aborto legal y del matrimonio igualitario, pero añoramos noches como esta.

No hay ni un asiento libre y, en mi episodio actual de locura oceánica, olvido que ahora tengo derecho a que me cedan una silla. Un tipo más o menos de mi edad que está felizmente apoltronado con su pandilla de amigos me ofrece la suya.

—No quiero cortaros el rollo.

Percibo que el grupo, en su fresco disfrute de la velada, está compuesto en su mayoría por hombres gais. Por cortesía a los dioses sociales gais, lo menos que puedo hacer es fingir que me resisto a ser la hembra hetero que quiebra su círculo. Obviamente, estoy ansiosa por integrarme.

Él niega con la cabeza y me guía con amabilidad hasta su asiento.

—No te preocupes, mujer, no te preocupes —dice con un acento dublinés imposible de disimular—. ¿Cómo vamos a dejar a una dama embarazada de pie en Navidad?

—¿Qué diría el Niño Jesús? —apostilla otro, y como de pronto estamos todos muy apretados no me queda más remedio que convertirme en miembro honorario de la cuadrilla. Les estoy agradecida. Me hacen sentir imponente y especial, como la Virgen María flotando ante los niños de Fátima.

Empieza el primer corte publicitario y noto un golpecito en la pierna.

—Perdona —oigo. Es uno de los que están sentados en el extremo opuesto del círculo, todavía no he hablado con él—. Te quería preguntar...

No entiendo lo que dice después. El animador de la velada

quita el volumen al televisor y al encender los altavoces empieza a sonar «C'est La Vie» de B*Witched a un volumen tan excesivo que todo el mundo se sobresalta. Lo baja rápidamente, levantando las manos en un gesto de «perdón, chavales».

Concentro de nuevo mi atención en el chico.

—... ¿por un casual sabes cómo está? —dice, concluyendo una frase que no he oído.

Quizá porque me encuentro rodeada de hombres gais o quizá porque me preguntan a menudo por mi mejor amigo; o quizá sea cosa de mi cerebro de embarazada, pero interpreto que me está preguntando por James Devlin. Estoy en el entorno preciso en el que normalmente me preguntarían por James, quien ocupa una curiosa intersección del diagrama de Venn de la fama: famoso irlandés, famoso gay, famoso en redes sociales, pero no famoso-famoso. Lo bastante famoso como para que, si estuviera aquí esta noche, lo parasen para hacerse fotos con él, pero no tanto como para firmar autógrafos. Lo bastante famoso como para que cuando es uno de los cinco guionistas de una película algún medio de nuestro país publique un titular del tipo: «Una producción hollywoodiense con guion de un vecino de Cork».

—Vive en Nueva York —digo muy orgullosa—. Le va fenomenal, y no lo digo solo por los vídeos de Instagram. Escribe para un programa de entrevistas.

El chico me mira sin entender, así que menciono el nombre del programa en cuestión. Otra mirada de incompreensión.

Frunce el ceño.

—Tú estabas en el grupo de su seminario de tercero, ¿no? —pregunta—. El del doctor Byrne. Sobre literatura victoriana.

—El doctor Byrne... —repito, y durante un segundo mi cerebro desconecta. Igual que un corte de electricidad. Un millar de luces en un bloque de apartamentos apagándose al mismo tiempo.

—Estudiaste en la UCC conmigo, ¿verdad? —dice despacio—. Estabas en mi grupo con él. En la clase de Fred Byrne.

—Sí —respondo.

A pesar del impacto que ha supuesto oír su nombre, soy consciente del mensaje de relaciones públicas que lanza mi semblante. Relajo el gesto, pero es demasiado tarde. Necesito explicarle algo a este desconocido, pero ¿por dónde empezar? ¿Cómo entender el año de Shandon Street a menos que estuvieras allí, viviéndolo con nosotros?

—Oye, no pretendía... —dice, dándose cuenta de que ha metido la pata de alguna manera, pero sin tener ni idea de cómo salvar la situación—. Es solo que se me ha ocurrido que, vamos, como eras una de sus favoritas, o eso parecía, igual sabías algo.

—¿Algo sobre qué? —pregunto. ¿De qué manera podría informar sutilmente a este desconocido de que, a pesar del mito que circuló por todo Cork en aquel entonces, yo no me acostaba con el doctor Byrne?

—Está en coma —me explica, desembarazándose de la información para poder echar a correr y ponerse a cubierto—. Tiene no sé qué enfermedad cerebral y está en coma.

El avanzado estado de gestación provoca que perciba mi cuerpo por capas —corteza, manto, núcleo— y todo el conjunto retumba de repente cuando pienso en el doctor Byrne. El doctor Byrne, tan alto, tan extraño, tan aficionado al vino francés y a los pastelillos sofisticados. Las tartaletas portuguesas aún calentitas que nos traía del English Market. Aquel sabor amarillo intenso, las manchas de azúcar quemado por encima.

Los altavoces emiten una musiquilla que nos informa de que la publicidad ha terminado y *The Toy Show* se reanuda con un chiquillo de Wicklow que describe círculos montado en una bicicleta.

Tengo que llamar a James.